



el
último
romántico

OLY

JOSA 2010

JOSA Y SUS CUENTOS

<http://josamotril.wordpress.com>

<http://josaliteraria.wordpress.com>



LA PEOR COMPAÑÍA

Huyendo de una nueva ciudad, y de una nueva vida sin acabar, una vez más, conseguí llegar a la estación de tren que era donde todo volvía a empezar de cero.

Por suerte ya estaba avanzada la noche, al ritmo de la lluvia y la niebla, y las calles parecían auténticos desiertos. Dos coches se cruzaron en mi camino. Sólo dos.

En la luminosa estación sólo pude ver a un operario colocando papeles en una estantería, dentro de la ventanilla, y a otro limpiando los baños donde no me atreví a entrar.

Rápidamente salí al andén. Hacía frío, pero en aquella taciturna oscuridad podría seguir siendo ese misterioso desconocido al que nadie podría reconocer en un sitio tan alejado de aquello que un día llamé hogar. Aun así no las tenía todas conmigo porque el tren tardaría al menos una hora en salir.

Estaba asustado porque no había medido bien el tiempo, y a mí nunca me gustó esperar... y mucho menos en ese tipo de situaciones.

Siempre me he puesto nervioso antes de un viaje, pero es cuando estoy en una estación de tren cuando todos los jinetes cabalgan hacia mí, arrastrando miedos y emociones mezcladas entre el polvo que levantan en el camino.

Durante casi una hora permanecí sentado en ese viejo banco de maderas ennegrecidas por el paso del tiempo.

¿Y qué pasó allí?... inada! Ni siquiera yo paseé por mi pensamiento.

Nadie se acercó a mí en todo ese tiempo, y cuando alguien salía al andén me escondía entre la bufanda, intentando parecer dormido.

No podía dejar que nadie me reconociera. Tenía que huir de allí, sin dejar rastro, para que ni ella, ni nadie de su entorno supiera la dirección que iba a seguir.

Por fin llegó el tren.

Al entrar en el vagón solitario noté el frío del vacío habitáculo. Olía a maderas viejas, a cuero desgastado, e incluso a aromas de comidas

antiguas. También pude reconocer algún otro tipo de olor menos agradable, ese que algunos humanos dejamos y que siempre nos delata. Caminé hasta el final del vagón – allí siempre creo estar más seguro, aunque no sé de qué – y me acomodé junto a la ventana que, a forma de espejo, devolvía mi imagen cansada, esperando ese sueño que necesitaba para pasar mejor la larga noche de viaje.

Tenía que marcharme de allí, huir de ella, otra vez, y aún andaba con el miedo en el cuerpo por esa terrible visión que me acompañaba de ella entre los brazos de ese otro ser que tanto llegué a odiar.

El desamor era, sin duda, lo peor que podía pasarle a un eterno romántico como era yo... quizás el último de los románticos.

Por eso huía, por eso volvía a alejarme de otra ciudad con las manos vacías, aunque manchadas de lágrimas no transparentes, y con una nueva sensación de abatimiento.

Una vez más no fui capaz de dominar ese monstruo que se empeñaba en acompañarme siempre, el de la soledad.

Y con él tuve que viajar una vez más, huyendo de un nuevo pasado que pronto pasaría a la larga lista de cosas a olvidar.

Pero ese tren tenía guardada una sorpresa para mí.

No llevaba ni media hora de viaje, aburrido y solitario, cuando te vi llegar, entrando por esa puerta de cristales y maderas viejas, cargada con varias maletas y macutos.

Tu figura se esculpió con la tenue luz del vagón, como moldeada por el cincel de un escultor, sobre el cristal de la ventana, rozando mi reflejo.

Tu fino vestido floreado de tirantes casi invisibles, al contraste con esa luz proveniente del otro vagón hacía que pudiera presenciarte completamente desnuda, como casi estabas.

Al principio no me giré, temía que aquella silueta Afrodita se desvaneciera en la profunda oscuridad de la noche, pero rápidamente olvidé mis miedos.

No te conocía. Tampoco tenía nada que temer... y no había otra cosa mejor que mirar allí, en medio de la soledad.

Tus brazos eran finos y largos, manchados por un ligero musgo rubio. Me hizo gracia ver tus axilas sin depilar al intentar subir el macuto a la bandeja superior. Nunca me molestaron las axilas sin depilar.

Tus senos se dibujaban pletóricos – como eran – y el contorno de su redondez escapaba de la fina tela que pretendía un imposible. No era posible ocultar tanta masa de carne con tan poca tela.

Y el milagro sucedió, y pude verlos en su plenitud... En realidad solo pude ver uno, pero rápidamente imaginé el otro.

Volviste tu mirada hacia mí mientras subías el tirante y lo ocultabas. Por suerte yo esperaba tu reacción y no me descubriste en mi deleite.

Al dirigir tu mirada hacia mí – no tardaste en hacerlo más de un segundo - yo ya miraba por la ventana, observando unas luces lejanas que dibujaban el contorno de una ciudad desconocida.

En realidad los cristales de la ventana ya tenían dibujado ese precioso seno que despertó mi libido, y alejó, por fin, aquella vieja zozobra con la que subí al tren.

Volví a mirarte. Ahora eran tus piernas las que hablaron por ti, y parecían dominar todos los idiomas.

Tú te sentaste frente a mí, y al ver que te miraba me sonreíste, y con un escueto y tímido saludo, tu imagen se hizo carne.

Pelo negro y rizado... muy rizado, ojos profundos de un mar abisal, tan negros que casi asustaban, piel trigueña sonrojada por los dedos ávidos del sol, delicadas piernas aireadas, como ramas cruzadas, hasta la copa de tu falda, incapaz de ocultar mas que el nacimiento de tus piernas.

Allí, un vientre que auguraba semillas dispuestas a nacer te hacía hermosa sin más aspavientos ni adornos, y tus floreados senos volvían a asomar entre la despejada hojarasca de tu vestidito, casi inexistente, como fruta madura esperando al labriego por la mañana temprano.

Tus delicadas manos, de dedos entrelazados y juguetones, pregonaban al viento cuentos de mil una noches, y después se soltaron para rascar tímidamente tu nariz, que si supe que existía fue porque tus dedos la

mostraron.

Se cruzaron las miradas, y cruzadas se quedaron.

Era como si nos conociéramos de toda la vida. Por eso sonreímos sin más, soportando el fuego en mis ojos ante tus pupilas incendiarias.

Tu cuerpo se estremeció, y tú lo notaste. Yo también, y mi sangre comenzó a alimentar nuevas intenciones de las que quería huir.

El silencio y el pudor fue la amordaza que nos frenaba. No te conocía, ni tú a mí, y ninguno supo qué hacer o decir para que el acercamiento que deseamos se produjera.

Sólo hubiera bastado una palabra.

La tierra, incluso el mundo, quedaba atrás, en la estación donde tú subiste.

Yo iba a cualquier lugar, y tu venías de cualquier parte.

Las horas pasaron como pasan siempre las horas en la noche. Eran lentas, pesadas, haciendo que un minuto pasado evitándote se convirtiera en una eternidad.

Tú ya no sabías donde mirar, y yo con menos disimulo del que pretendía, no dejaba de mirarte. En realidad no podía hacerlo.

Entonces mi cuerpo abandonó mi espacio, mis manos serpenteantes viajaron por el vagón hasta llegar a ti, y firmes, comenzaron a desnudarte. Y tú las notaste desde la distancia .porque tu cuerpo temblaba por el calor que mis labios dejaban por toda tu piel, enredados en tu cuello y en tus senos, deslizándome por el universo de tu espalda, hasta aferrarme delicadamente con mis dientes en tus dos lunas blancas.

Después encontré la cara oculta, negra y rizada como un jardín de azabache que, ante mi lengua, se abrió rosada y, como una flor sin pudor, dejó su néctar en mi boca.

Mi boca, en el huerto de la tuya, también germinó, y el tallo de mi lengua creció entre tus labios, hasta alcanzar el cielo de tu garganta.

Después, nos perdimos en el abismo de las minas, buscando en sus galerías más profundas el mineral del que se nutre el éxtasis de la vida.

El tren, no sé en que estación fue, se paró, y con él, el levitar de mis

sueños.

Sonreíste y yo te miré. No dijiste adiós, pero nuestros ojos no cesaron de hablarse.

Tú te levantaste y te fuiste. Yo me sentí morir, pero también me sentí aliviado porque, por una vez, no podría hacer daño a alguien a quien también podría haber amado.

Por primera vez nos despediríamos sin más. Un adiós alegre, sin dolores, sin reproches, sin lágrimas de sangre...

La noche se quedó, mis pies quisieron ir a buscarte, pero el tren arrancó, y mi amor eterno me dejó, sólo y con mi equipaje

Y sonreí, y me sentí bien por haber amado sin dañar y sin ser dañado.

El sueño llegaba a mí, olvidando todo el pesar de mi partida, pero otra vez pasó.

Al abrirse la puerta supe que eras tú.

Entonces caí en la cuenta. Tus maletas estaban aún en la bandeja. No habías bajado en la estación. Fue el olor a tabaco el que me dijo donde habías estado.

Y me sonreíste desde la puerta, y volviste a salir, pero esta vez me miraste desde el otro lado, tras el cristal que ya no existía, y no dejaste de hacerlo mientras te adentrabas en la pequeña puerta del baño.

Y tu boca dibujó una sola palabra, y las letras recorrieron el aire hasta detenerse en el cristal de la puerta, donde se quedaron grabadas, como si hubieran sido escritas con la punta de tus dedos sobre el vaho de tu aliento.

Primero llegó a mí una V... después una E se adentró en mi estómago, y finalmente fue una N la que envenenó mi mente.

Y cerraste la puerta... pero no del todo.

Cogiendo algo del bolso que ni yo mismo supe qué era caminé por el pasillo, emocionado y asustado mientras lo guardaba en el bolsillo trasero del pantalón.

Aun sin saber lo que era, sabía que lo necesitaría.

Al entrar en el baño tú me esperabas sonriente, mirándome a través del espejo, con las manos apoyadas en el lavabo.

Quisiste hablar, pero no te dejé.

Empecé a acariciar tu espalda manchada de lunares. Tú te estremeciste ante mi contacto, y mis manos no tardaron en viajar por dentro de tu vestido, acariciando esa piel trigueña y limpia.

Tus costillas marcaban tu delgadez. Mis dedos pasaron por ellas, como si fueran teclas de piano. Después acaricié tu vientre, viajé a tus senos, y entonces tus ojos se alejaron de allí, viajando a otro lugar.

- ¿Cómo te llamas? – te pregunté, mientras apartaba las tiras del vestido de tus hombros, y la tela caía al suelo, mostrando una desnudez preciosa y salvaje

- mi nombre no importa – dijiste, mirándome en el espejo, mientras tu cuerpo desnudo buscaba el mío, aún vestido

- a mí sí me importa. Me gusta conocer a quien voy a amar – te dije acariciando sus brazos de vello erizado

- ¿me vas a amar? – preguntaste sonriendo burlescamente

- no podré hacerlo si no te amo antes. Ese es siempre el móvil

- ¿el móvil? – preguntaste extrañada y extasiada por mis contactos - ¿qué móvil?

- todo crimen tiene un móvil – dije besando tu espalda y acariciando tus senos, que intentaban obedecer la ley de la gravedad – y amar es el crimen por excelencia

- pues si amar es un crimen, me gusta – dijiste, excitándome más aún.

Te besé y acaricié, y empecé a perder el control una vez más. Por fin se alejaban esos fantasmas pasados, y ahora eras tú el centro de mi vida, de mi presente, y – ojalá – de mi futuro incierto.

- me encanta hacerlo en el tren – fue lo último que te escuché decir.

Después olvidé todo, saqué mi arma y todo se hizo oscuro... una vez más.

Cuando volvió la luz volví a horrorizarme, una vez más.

Había sangre por todos lados.

Tú estabas dormida en el suelo, sobre una cama de sangre que yo te había preparado, y tu cuerpo... tu cuerpo ya no era.

Toda esa belleza que había llegado a enamorarme no era ahora sino huesos, músculos, tendones, órganos y piel. Solo eso.

Una vez más el destino puso ante mí una mujer dispuesta a amar, y el cruel azar la convirtió en víctima de mi compañera.

Joven o vieja, guapa o fea, alta o baja, rica o pobre, obesa o no... para ella no hay discriminación. Solo quiere alguien como ella, alguien que esté solo y no pertenezca a nadie.

Me miré en el espejo. Mi cara estaba manchada de sangre. Sonreí.

Pero solo por un momento. Otra vez tendría que huir y esconderme... y, finalmente, cambiar de estación.

Salí del baño y me cambié de camisa.

Antes de que el tren parara salté de él, en medio de la nada.

Yo ya no había estado allí.

Tirado entre amapolas, sobre un campo frío, observé el cielo que me cobijaba y te recordé. Ahora eras tú mi único pasado.

Eras la tercera mujer que podía haber amado en esa semana, pero una vez más ese fantasma terrible que siempre me acompañaba, decidió que no había sitio para otra persona en nuestro viaje.

Así es la soledad... celosa de su intimidad, y, de paso, la peor de todas las compañías.



EL PRINCIPIO DEL FIN



Angela

Y aquí estoy otra vez, contándome a mí mismo una historia que ya me sé de memoria porque es la historia del último de mi especie.

Esta historia empezó hace ya más de setenta años en otro país, incluso en otro continente.

Todo empezó en una casa pequeña, situada en un sucio y oscuro callejón, de la que apenas recuerdo nada, si acaso mucha suciedad, más desorden y unas paredes amarillas manchadas por una humedad que solía acompañarme hasta en mis sueños.

No había cumplido los siete años cuando fui abandonado por una madre que me daba más palos que abrazos, y alejado de un padre al que nunca conocí, ni del que siquiera supe su nombre.

A mamá la recuerdo vagamente.... Siempre mustia, desaliñada, pálida y con esa ronca voz que la hacía parecer hombre. Tengo que hacer un gran esfuerzo mental para recordarla sonriendo, o dedicándome unas palabras amables.

Ella trabajaba de noche y llegaba a casa cuando ya era de día. La recuerdo siempre estaba dormida y desnuda hasta el mediodía, y con la cara exageradamente pintada con tonos rojizos y negruzcos, y con rímeles corridos ensuciando su rostro, ya marchito a pesar de su juventud.

Aun así me gustaba observarla dormida porque era allí en la cama donde mejor me trataba. No me hablaba, ni me abrazaba o besaba, pero al menos tampoco me gritaba, ni me pegaba, ni me quemaba con esos largos cigarrillos que apagaba en mis brazos sin vello cuando le faltaba un dinero que ella misma había dilapidado en alcohol o sabía Dios qué.

Ella me echaba siempre la culpa a mí, y las únicas veces que le cogía dinero de su bolso era para comprar leche, pan, o algún capricho extra, como podía ser media docena de huevos que ella gastaba vertiéndolos en un vaso de vino.

Por suerte mi infancia me abandonó con ella, y desapareció pronto de mi vida... cuando apenas tenía doce años y comencé a trabajar en aquella imprenta donde tan bien me trataron.

El dueño de la imprenta, Don Juan, amigo del párroco, no tenía hijos, y su precario estado de salud le hizo buscar un ayudante del que poder aprovecharse. Y para eso, nadie mejor que yo que trabajaba a cambio de cama y comida.

Junto a Don Juan aprendí el oficio de la imprenta, llegando a hacerme cargo de ella mientras el pobre Don Juan permanecía en la cama, casi incapacitado.

Durante ese tiempo guardé mucho dinero en una Caja de Ahorros, sabiendo que tarde o temprano me echarían de allí y volvería a quedarme en la calle.

Si no llega a ser por aquella mujer, y por sus continuos calores desmedidos, habría hecho carrera allí, y hasta me hubiera quedado con la imprenta, como quería el bueno de Don Juan.

Pero otra mujer tuvo que cruzarse en mi camino para hacerme la vida más difícil. Primero fue mamá, que había muerto unos años antes. La encontraron en un cubo de basura, con una jeringuilla en su brazo izquierdo y apenas sin ropa alguna.

Junto al párroco fui el único que acudió a su entierro.

La mujer de Don Juan era una mujer muy guapa, algo rellenita, pero con unos pechos increíblemente atractivos para alguien tan joven como yo. Ella, que lo sabía, no dejaba de jugar con ellos, despertando en mí una nueva sensación que empezó a apoderarse de mí, impidiéndome dormir, comer o vivir.

Tuve que huir muy a mi pesar. Y digo muy a mi pesar porque con tan solo quince años me enamoré perdidamente de la primera de mis futuras esposas, aunque ella tuviera ya casi los cincuenta.

Ella jugaba conmigo todos los días. Siempre dejaba la puerta del baño abierta cuando se duchaba, dejándome observarla. Dormía desnuda también, con la puerta abierta, y por las madrugadas paseaba por el pasillo, frente a mi puerta, completamente desnuda.

Sí, me enamoré de ella, de su cuerpo lleno de curvas exageradas, y de esa cara preciosa que parecía la de una joven de apenas veinte años.

Una noche de frío intenso esa mujer apareció en mi cama completamente desnuda, acariciándome, besándome, y diciéndome que me necesitaba para seguir viviendo.

No me lo podía creer. Yo llevaba soñando con ese momento más de un año, y estaba tan enamorado de ella que habría hecho cualquier cosa, incluso marcharme de su lado para siempre, si ella me lo hubiera pedido.

- Señora... - le dije muy asustado y excitado, sin saber cómo actuar pues era la primera vez que estaba ante semejante situación

- "podés" llamarme Mariana - me dijo - ¿vos "creés" que soy guapa? ¿verdad que vos me amáis?

- la amo como jamás podré amar a otra mujer - le dije muy serio, empezando a disfrutar de ella y de sus extraños y fríos besos

- yo también te amo a vos - me dijo

- ¿en serio?

Asustado le pregunté por su marido, y ella decía que su marido sabía todo.

- Juan sabe muy bien que aún soy joven y que tengo necesidades - me dijo desnudándose y besándome, haciéndome sentir algo para lo que aún no estaba preparado.

Me dejé llevar y la amé con locura en esa cama que tanto ruido hacía.

Yo no podía creer lo que me estaba pasando. Esa mujer con la que tantas veces me había imaginado era tan real como yo mismo, y su cuerpo ya no se dibujaba en mi imaginación, sino que podía moldearlo con mis propias manos, manos que aún no eran capaces de tocarla debido al miedo que tenía.

Ella me besó, posando suavemente sus labios sobre los míos. Después abrió mi boca con ayuda de su lengua y penetró en ella con una delicadeza exquisita que me hacía corroborar que esa mujer era pura sensualidad y delicadeza, alejada de esas formas ordinarias que empleaba a diario en la cocina o en cualquier otra parte de la casa.

Su respiración se hizo huracanada, su cuerpo empezó a erupcionar, y yo me perdí dentro de ella, mirándola absorto, incapaz de creer que tanto

placer – exterior e interior – fuera posible de soportar por alguien tan frágil como yo.

Bajo ella dejé de ser niño para siempre.

Mientras esa mujer hacía que le hiciera el amor, sus gritos despertaron a su marido, que gritaba desde su habitación, maldiciéndonos.

A pesar de que el placer que estaba recibiendo no era comparado con nada, yo quería parar. No quería hacer sufrir a ese hombre al que tanto debía, pero ella no me dejó, totalmente transformada en otro ser que llegó a asustarme.

Me mordía, saltaba sobre mí, golpeándome con sus enormes senos en la cara, mientras yo intentaba luchar en una batalla que tenía perdida de antemano.

Era una lucha de un pobre mortal contra dos dioses poderosos. Si no podía enfrentarme a mí mismo, ni al placer del que no me quería desprender, tampoco podía hacerlo contra la fuerza física de esa mujer, que me mantenía sometido y atrapado.

Fue cuando vi al pobre Don Juan, arrastrándose por el suelo del pasillo, hasta llegar a nosotros, cuando todo empezó a hacerse sucio.

El pobre hombre lloraba desde el suelo, luchando con sus brazos para seguir avanzando hasta nosotros.

Llorando, no dejaba de preguntarle a su esposa porqué lo hacía.

Ella – por primera vez vi su verdadera maldad y mala intención - reía y reía, y seguía cabalgándome como si fuera su potrillo, aprisionando mis manos contra las sábanas para que no luchara contra ella y su lujuria.

- Este pibe es más hombre de lo que has sido vos en toda vuestra vida – le decía, burlándose descaradamente de él, y haciéndole sufrir más de lo que merecía.

Mi pena no podía vencer a la pasión y al amor que esa mujer había despertado en mí, y ella se hizo también dueña de mi cuerpo. Mi alma ya le pertenecía tiempo ha.

Yo quise detenerlo todo, pero no pude. Por fin estaba con la mujer que amaba, y no podía defraudarla... ni siquiera por ese hombre al que tanto debía.

- "Amame", querido, "amame" – me gritaba, acelerando el pulso de su corazón y el ritmo de su baile conmigo

- dime que me "amás", dime que me "amás" – me gritaba, clavando sus uñas en mis manos, mirándome con esos ojos preciosos, mientras sus pechos hundían su peso sobre mi cara.

Yo no sabía qué hacer. Quería gritarle que la amaba, que ella sería siempre la mujer de mi vida, pero no podía hacerlo.

Ese hombre siempre se había portado bien conmigo, y sabía que su frágil estado de salud podía empeorar si no deteníamos pronto aquel macabro y sucio juego del que yo también era protagonista.

- ¡Dilo ya... dime que me "amás"! – seguía gritándome, con nuestros cuerpos unidos para siempre

- te amo – le dije, con lágrimas en los ojos, mirando hacia ese despojo de hombre, intentando hacer que me entendiera, cosa imposible de conseguir.

Y ella gemía como una loba, se elevaba soltando su larga melena, y me mostraba sus descomunales senos que no podían mantener el terrible peso que cargaban.

Fue cuando ella empezó a reírse de nuevo de él, haciendo ostentación del placer que yo le estaba otorgando, y que él nunca le dio, cuando el pobre hombre echó mano a su pecho, intentando gritar, y haciendo violentos gestos de asfixia.

Yo intenté separarme de mi cruel amante, pero ella me lo volvió a impedir.

- Se está muriendo – le dije, muy serio

- pues que se muera – dijo ella, volviendo a besarme, y haciendo que volviera a rendirme ante sus exagerados encantos femeninos.

Al mirar de nuevo hacia él, estaba tumbado sobre el suelo, inmóvil, y con los ojos abiertos, perdidos en el techo.

Fue entonces cuando ella me abandonó en la cama, acercándose a él.

Por un momento creí en su propio arrepentimiento. Ella le auscultaba, intentaba oír su respiración, incluso gritándole y abofeteándole.

- Está muerto – me dijo, mirándome muy seria.

Yo me asusté tanto que hasta dejé de amarla por un momento.

Ella se separó de él, me miró muy seria, y se mostró enérgica y preciosa de nuevo. Sorprendentemente comenzó a reír y a bailar, envolviéndome en un haz de miedo e incomprensión que me incapacitaba para comprender qué era lo que allí estaba sucediendo.

Ella se acercó a mí lentamente mientras mis ojos seguían mirando a ese hombre que tan bien se había portado conmigo, y al que yo creía que esa mujer quería.

Yo aún no era capaz de comprender lo que estaba pasando. Estaba tan enamorado de esa mujer que ni siquiera pensé en la muerte. Mis ojos solo mostraban ese volcán que era su cuerpo desnudo, su cara, y esos labios que ya habían sido míos.

Ella volvió a la cama, se abrazó a mí, y siguió acariciándome.

No supe qué hacer. Ella no lloraba ni decía nada. Le daba igual que hubiera muerto su esposo, y siguió buscando su placer... y el mío.

Volviendo a besar mi cuerpo, se subió sobre mí, me acogió dentro de ella e hicimos el amor de una manera más tranquila.

Ella sonreía maliciosamente, permitiéndose incluso la licencia macabra de mirar hacia su difunto esposo, mientras yo no tenía ojos mas que para ver esa bella mujer a la que amaba y que, por fin, podría ser mía.

- Ahora podremos vivir siempre juntos – le dije, masajeando sus senos, mientras observaba su rostro pintado de placer

- ¿juntos... con vos? – preguntó antes de echarse a reír descaradamente

- pues claro – dije algo contrariado por su extraña actitud - ¿es que no me "amás"?

- pues claro que no, mi hijo – me dijo con una crueldad inhumana, entrecerrando sus ojos, y demostrándome que lo único que quería de mí ya lo había conseguido

- yo sí te amo – le dije muy serio, como suplicándole

- pues haces mal, querido porque yo no. Yo soy una mujer y vos "sos" un niño muy dulce pero nada más

- no te entiendo – le dije muy serio, notando como toda la magia desaparecía de la habitación – yo te amo de verdad

- pero hijito, si no "sos" mas que un pibe. Ahora venderé la imprenta y me marcharé a Rosario, con el resto de mi familia

- ¿y yo?

- ¿vos? – preguntó riendo y separándose de mí, dejándose caer sobre la cama – vos tendrás que caminar de aquí. Acá ya no habrá nada para vos

- no me lo puedo creer – dije levantándome y alejándome de ella, encerrándome en el baño.

Allí lloré mares de lágrimas, soportando sus desagradables palabras de desapego. Esa mujer me había utilizado para acabar con su marido, y ahora que lo había conseguido yo ya no era nadie allí. En su vida era como su propio marido... algo del pasado.

- Yo creía que vos me amabais – volví a decir, como esperando un último milagro que la hiciera arrepentirse de todo lo que había dicho

- ¿amar? – preguntó, rompiendo a reír – jamás podría amar a alguien como a vos. Si "sos" un pibe

- ¡maldita puta! – exclamé, mirándome en el espejo y observando que ese niño ya había desaparecido.

Ante mí, a través de ese espejo, se dibujó la extraña figura de un hombre irreconocible.

En su cara había rabia, dolor, y unos deseos inmensos de hacer mal.

Tras de mí apareció otra silueta. Al principio creí que era ella, que se había acercado hasta mí para disculparse, pero rápidamente comprendí que no era ella.

Era una extraña figura oscura, femenina también, pero a la que nunca había visto antes, y que a partir de ese día sería mi eterna compañera.

- ¡Mátala! – me dijo entre macabros susurros.

Cuando salí del baño Mariana aún estaba tumbada en mi cama, tapada con la sábana, fumando un cigarro y sonriendo maliciosamente,

mostrándome esas piernas gruesas que para nada eran como yo las había imaginado momentos antes.

- ¿Qué te pasa, pibe? – me preguntó - ¿por qué me “mirás” así?

- ¿así... cómo? – le pregunté, con la mano oculta tras de mí, notando en mi espalda el frío del acero de la tijera que había encontrado en el baño. Todo se hizo oscuridad, y cuando volvió la luz sólo había sangre a mi alrededor.

El escándalo fue mayúsculo... y el dolor duró varios años, siempre pensando en ella, en esa mi primera futura esposa.

Por suerte - ¿por suerte? – apareció de nuevo esa mujer oscura que me acompañó en el baño de la casa de Don Juan, y ella me hizo olvidarla, convenciéndome de que ella sería siempre la única.

VECINOS



Cuando salí de la cafetería dejé la maleta en el suelo y me abroché bien el abrigo. Al cogerla de nuevo miré el reloj que había sobre la acera, justo al lado de ese árbol de navidad.

Eran las doce y diez minutos, y la temperatura que acompañaba bajaba ya de los cinco grados bajo cero. El café que acababa de tomar aún no había sido capaz de vencer al frío que recorría todo mi cuerpo.

La vieja puerta de hierros oxidados y cristales limpios pesaba más de lo que aparentaba. Para poder abrirla tuve que dejar, una vez más, la maleta en el suelo y empujar con ambas manos.

Al entrar y cerrarla noté – aliviado – que el frío no era ni parecido al que se sufría en la calle.

- ¿Subes?– me dijo una atractiva muchacha asomando su cabeza desde el ascensor

- ¿cómo...? – pregunté - ah, sí... espera.

- ¿A qué piso vas? – preguntó la joven, soplando sobre sus guantes de lana, abriéndome amablemente la puerta del ascensor

- al quinto

- ¿al quinto? – preguntó extrañada

- sí, voy a ver a un familiar

- ¿eres familia de Doña Camila? – preguntó, intentando reconocer un gesto parecido al de su vecina

- sí, soy su nieto – le dije, sin levantar la mirada del suelo, como suele hacerse en los ascensores.

El ascensor era de maderas viejas, y el habitáculo era tan pequeño que apenas si había espacio para los dos y la maleta que trasportaba.

El ascensor podría tener más de cincuenta años y su movimiento era tan lento que, siempre, prefería bajar a pie. En cambio subir era distinto, y más a esas horas de la noche.

Marina, que así se llamaba esa preciosa joven, no era miedosa, pero ese viejo portal siempre le causó mucho respeto.

Durante unos segundos el silencio se hizo incómodo... y eterno, y al fin pudo encontrar ese parecido entre el joven y la vieja Doña Camila. Tenían la misma nariz.

- Se va a poner muy contenta – volvió a decirme, observándome con detenimiento

- ¿quién? – pregunté, levantando la mirada hacia ella

- tu abuela – dijo, deleitándose con esos ojos azules tan intensos y misteriosos, y tan parecidos a los de su anciana vecina - está muy sola la pobre

- lo sé, por eso vengo a visitarla

- ¿y hace mucho que no la ves?

- pues sí – dije sonriendo al ver que esa muchacha era incapaz de permanecer en silencio – casi cinco años

- ¿vas a pasar con ella la navidad?

- eso espero. Es que acabo de dejar a mi última novia y no me encontraba muy bien allí de donde vengo. Necesitaba un cambio de aires

- te entiendo – dijo ella, sonriendo para sus adentros, sabiendo que el destino había puesto a ese joven en su vida para cambiarla completamente.

El lento avanzar del ascensor hacía más incómoda la compañía para ambos. Los dos éramos tímidos, y eso en un ascensor...

Se le notó mucho que le parecí muy guapo, y bien vestido, de esos a los que su madre habría tachado "con clase". Además, para ella yo escondía un extraño miedo en mi mirada, lo que me hacía más enternecedor.

- Mi abuela me ha hablado mucho de ti ¿sabes? – dije, rompiendo el hielo, otra vez

- pues de ti no me ha dicho nunca nada. La verdad es que no habla mucho con los vecinos. Creo que es conmigo con la única vecina con la que habla

- sí, siempre ha sido algo huraña – dije sonriendo – mi padre era igual

- no creas. A mí siempre me ha caído muy bien, y me hace mucha gracia.

Lo que pasa es que me da pena verla siempre tan sola

- pues eso no pasará más

- ¿te vas a quedar aquí con ella? – preguntó emocionada, no pudiendo ocultar la emoción por tan grata noticia. Sin duda le había causado una gratísima impresión, o más aún. Yo creí que le parecía tan guapo como misterioso.

- eso espero. Si lo que hay por aquí me gusta...

- esta ciudad está muy bien para vivir. Es grande, pero es tranquila – dijo algo nerviosa, intentando evitar que se demostrara que empezaba a desearme cuando si apenas me conocía

- la verdad es que me está empezando a gustar esta ciudad – dije, mirándola fijamente, intentando hacerle entender que era a ella a quien me refería.

- ¡Qué lento es este ascensor! – dijo ella, intentando cambiar de tema, y alejar ese extraño cosquilleo que volvía a nacer en lo más profundo de su estómago

- sí que es lento – asentí yo, observando que aún andaba entre la segunda y la tercera planta, elevándose lentamente, acompañado por un extraño ruido que hacía dudar sobre el éxito de su misión.

El silencio volvió a hacerse dueño del habitáculo. La luz fluorescente situada sobre la puerta vibraba, encendiéndose y apagándose, y la luz azulada hacía todo más frío aún.

Aprovechando ese momento de incertidumbre ella me miró otra vez, comprobando que, sin ningún esfuerzo, podría ser el hombre de su vida en un futuro no muy lejano.

Yo podía notar el peso de su mirada sobre mí, y preferí dejarla hacer.

Una vez más, como siempre le había pasado, empezaba a fantasear con uno de esos amoríos inesperados y que tanto daño le hacían sentir después.

No pudo dejar de observarme. A mí me incomodaba su descaro, pero ella era así, una chica de grandes flechazos, aunque después terminaran en puñales clavados en la espalda.

Era mucho más guapo que su "ex", le parecía bastante fuerte, alto y con un aspecto tímido y juvenil. Era de esos hombres que parecían frágiles, siempre dispuestos al entendimiento.

Incluso esa extraña timidez que me impedía mirarla como ella estaba haciendo me hacía más arrebatador aún.

- Cuando te haga falta cualquier cosa ya sabes que vivo frente a tu abuela
- muchas gracias – dije, asustado y nervioso, siempre mirando al suelo
- yo también llegué aquí sin conocer a nadie, y sé lo duro que es. Además, ahora estoy sola y puedo ayudarte a conocer la ciudad. En Navidad está muy bonita

- ¿es que vives sola? – pregunté emocionado también. Sin duda, su osadía estaba llevándome a su terreno. Lo que no sabía ella era que en ese terreno yo era más peligroso que ella... Por eso huía de él a toda costa.

- sí. Yo también dejé a mi novio hace poco, y tampoco estoy pasando por un buen momento

Ahora era ella quien miraba al suelo. Le hizo gracia ver mis botas sucias, manchadas de barro, igual que los bajos del pantalón vaquero.

- Tenía que habérmelos limpiado en el baño de la cafetería – pensé sonrojado.

Aprovechando que era ella quien miraba al suelo la miré sin miedo, observando que debajo de ese abrigo tenía que haber un cuerpo más que sugerente.

Sus piernas se dibujaban estilizadas y perfectas bajo esos leotardos marrones y esas botas con pliegues de piel de oveja.

Si no fuera por el frío que allí hacía ambos habiéramos podido percibir el olor de la excitación, ese que nace en las largas noches de invierno cuando uno sabe que va a pasar otra noche más a solas.

Por suerte el ascensor se detuvo.

Dándonos dos sonoros besos en las mejillas Marina se dirigió a la puerta de la derecha, y yo a la de la izquierda.

Ella sacó las llaves y abrió. Yo, como mandan las leyes del bien estar y hacer, esperé a que entrara. Después dejé la maleta en el suelo y golpeé con suavidad en la puerta.

Lo hice con tanta delicadeza que a la pobre abuela le hubiera resultado imposible escucharlo.

- Hasta mañana – dijo ella, cerrando la puerta, y acercándose a la mirilla para observarme con más detenimiento.

Yo, que imaginaba que así estaría haciendo, posé el dedo sobre el timbre repetidas veces.

Sonrojada por sorprenderse a sí misma observándome desde allí, como si fuera una colegiala, se alejó de la puerta, adentrándose en su pequeña cocina.

Abriendo la nevera cogió la botella de leche fresca, vertió el contenido en un vaso, y lo adentró en el microondas.

Mientras la leche se calentaba entró en su habitación y se puso su camisa celeste, ese que juró que rompería al día siguiente porque le traía muchos y buenos momentos que, ahora, se habían convertido en tristes recuerdos.

A pesar de estar bajo cero en la calle, allí hacía un calor casi estival.

Bebiendo el vaso de leche pensó en ese muchacho que tanto le había gustado. No le hubiera importado nada disfrutar de una buena noche junto a él. Su cuerpo ya lo necesitaba.

Incluso algunas de sus amigas le habían dicho que tenía que buscar otro hombre, reemplazar su angustia por placer, y disfrutar de algo que nunca antes había sido capaz de hacer.

El sexo sin amor, ese al que llamaban el “aquí te pillo y aquí te mato”, nunca había sido algo posible para ella.

Con esa idea Marina salió de su casa tres horas antes para acercarse a la Plaza Mayor y disfrutar del ambiente navideño.

Aunque estaba sola se resistía a permanecer en casa recordando a ese cabrón que tanto daño le había hecho, abandonándola por su antigua compañera de piso.

En la calle, abrigada hasta el límite, había paseado bajo esas anaranjadas luces de neón, perdiéndose en esos sonidos navideños entre miles de personas con gesto feliz.

No hacía ni dos semanas que había descubierto a su novio y a su compañera de piso haciendo el amor en el salón.

La imagen fue dantesca, sobrecogedora, y en ese momento una ola gigante derrumbó el castillo de arena que era entonces su vida.

Ni siquiera se sonrojaron al verla allí, frente a ellos, y si se detuvieron en su ímpetu amoroso fue por pudor físico, no por vergüenza o miedo.

Tampoco intentaron defenderse, o justificarse.

Los muy cerdos estaban enamorados, y ya habían decidido marcharse juntos. Un terrible catarro de Marina hizo que ese día regresara a casa antes de lo previsto, y que todo sucediera más aprisa. Sólo eso.

Ellos, varias semanas después, estaban felices. Ella estaba sola, y aún enamorada y dolida.

El sonido de la puerta le alertó. Emocionada, corrió hacia ella y observó por la mirilla.

¡Era él! – se dijo emocionada al verme de nuevo frente a su puerta.

- perdona que te moleste – le dije nervioso, sin poder dejar de mirar ese cuerpo que se intuía a través de la fina tela del camisón. El frío del descansillo hizo que sus pechos se mostraran con violencia, a punto de rasgar la tela que los sometía

- la tata no oye la puerta

- Seguro que habrá tomado sus pastillas para dormir – dijo ella, nerviosa y temblorosa

- ¿conoces una pensión por aquí cerca?

- no sé... si quieres te puedes quedar aquí esta noche – dijo, sonrojándose al sentirse tan excitada como desinhibida, y notar que la estaba devorando con mis ojos

- no creo que sea buena idea – dije, convencido de lo que decía – además, si apenas me conoces

- eres el nieto de Doña Camila – sonrió – para mí eso es más que suficiente

- no, en serio – dije yo, sonriendo también como ese niño que intenta renunciar a un caramelo que alguien le está ofreciendo – será mejor que me vaya. Me gusta hacer las cosas bien

- no va a pasar nada, hombre. Tengo una habitación vacía. Además, ya es muy tarde y no me lo perdonaría

- mira – le dije muy serio – créeme. Lo mejor para ambos será que me vaya a una pensión

- que no hombre – me dijo, arrebatándome la maleta y adentrándola hasta la habitación mientras yo cerraba la puerta, echando el cerrojo. El piso era pequeño, caluroso y muy oscuro. El fuerte olor a incienso lo hacía más acogedor aún. A la entrada tenía un pequeño pasillo de no más de tres metros cuadrados. A la derecha del pasillo había una pequeñísima cocina. A la izquierda un baño y enfrente un salón por donde ella caminaba cargando con mi maleta.

La luz de la lámpara me mostró su elegante cuerpo, vestido con ese minúsculo camisón.

En el salón había un sofá pegado a la pared y una mesa baja, repleta de revistas de moda. Al otro lado, bajo la ventana, había una mesa y cuatro sillas.

En la pared de la derecha había dos puertas. Las dos estaban abiertas y pude ver las camas. Ella metió mi maleta en la habitación pequeña, sin duda donde tendría que pasar la noche.

Después nos sentamos en el cómodo sofá y me sirvió un vaso de leche. Hacía calor, y me quité el jersey de lana, quedándome tan solo con una camiseta de manga corta, apretada a mi pecho.

Ella me miraba, sin poder ocultar su rubor, y cada vez lo hacía de forma más descarada.

Poco a poco, entre ambos, empezó el juego del coqueteo.

Ella jugaba con su cuerpo, aunque creyera no saber hacerlo. Sus largas piernas empezaron a hacer su juego, y yo no podía dejar de mirarlas. El sugerente camión también dibujaba unos senos turgentes, y la pasión apareció por fin.

Hablando de mil y una anécdotas de mi abuela llegamos al momento más terrible para ella. Fue cuando empezó a relatarme el suceso de su "ex" y su antigua compañera de piso cuando se vino abajo y rompió a llorar. Acercándose a ella, y abrazándola, la hizo sentir mejor. Él también se sintió más tranquilo y tuvo la sensación de estar con alguien a quien conociera de toda la vida.

Ella, rápidamente, se olvidó de su "ex". Yo también olvidé a mi última futura esposa, que era como me gustaba llamarlas.

Nuestras miradas furtivas, casi escondidas, y asustadas, eran ahora diferentes.

Ya no las ocultábamos porque creímos conocernos, y empezamos a mirarnos directamente, sin miedo, sabedores de que no cometeríamos ningún pecado por dejarnos llevar por nuestros instintos animales... al menos ella no.

Poco a poco nuestras palabras fueron sonando más familiares, nuestros alientos más amenos, e incluso eran nuestros ojos los que hablaban por nosotros.

Allí estaba el terreno abonado, y supimos que los bueyes no tardarían en arar la tierra donde queríamos enterrar las semillas de nuestras propias esencias.

Después llegaría el agua, y regaría, y la planta crecería o se perdería... de eso nadie sabía nada.

Ella dejó de disimular para mirar mis brazos velludos y fuertes. Después los acarició con una sensualidad que casi me derrumbó. Yo también me alejé del disimulo para clavar mis ojos en esas piernas preciosas que me empezaban a asustar y que ansiaba recorrer una y mil veces.

Esa mujer sería capaz de enamorarme si se lo proponía – pensé – y me sentí mucho mejor conmigo mismo y con el mundo.

Los dos lo deseábamos – a cual más - y ambos supimos que era imposible luchar contra lo que allí, irremediablemente, iba a ocurrir.

- ¿Sabes? Mi abuela tenía razón – le dije, acariciando al fin su corta cabellera

- ¿en qué? – dijo ella ronroneando, perdiendo su cuello entre mi mano extendida para que mis dedos divagaran por su superficie

- en que su vecina era muy guapa – dije, sonrojándola, y sonrojándome yo también por el atrevimiento. Una vez más, el silencio volvió a hacerse incómodo.

Fue entonces ella – aunque no terminara de creerlo – quien me cogió de la mano e hizo que le siguiera hasta su pequeña habitación.

La cama estaba rodeada de muñecos de peluche de todos los colores, formas y tamaños. La puerta de un pequeño armario empotrado estaba cubierta de fotos suyas y de un tipo sonriente. Muchas de ellas habían sido arrancadas violentamente.

Sobre una estantería de madera descansaban un centenar de libros, muñecas perfectamente vestidas, y una multitud de cremas y frascos de colonia.

Al lado de la cama una mesita de madera con una lámpara. Bajo la lámpara un libro de Mafalda, y un despertador que marcaba una hora tardía.

La habitación olía bien, como ella, y me hizo sentir como en casa.

¡Quién me iba a decir a mí que iba a terminar durmiendo acompañado esa noche!

Detrás de ella, la miraba absorto, clavando mi mirada en esa espalda desnuda que no pude más que acariciar con mi otra mano mientras mi deseo se hacía mayor.

Su piel estaba caliente, y parecía de seda. Muchos lunares bañaban el mar de su espalda que parecía tan blanca como la nieve.

Al sentir mi mano sobre su espalda, ella sufrió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Fue tan visible y sonoro que hasta me emocionó, y ella se volvió, me miró, y me dijo que me deseaba.

- Yo también – le dije, recibiendo el néctar que escapaba de su boca. El beso resultó tranquilizador y apacible. Para ella, que creía ser otra persona, fue más bello aún debido al miedo y al rubor que aún sentía por estar allí, en su casa, con un completo desconocido.

El estar haciéndolo le hizo todo más salvaje y pasional, y se dejó llevar, olvidando los miedos y los reproches, que seguramente aparecerían al día siguiente... O no.

Sus labios parecían sellados aún, y mi órgano muscular empezó a pasear tranquila y libremente por la profundidad de su jugosa y ardiente boca. Mientras, nuestros cuerpos permanecieron erguidos, a la espera de las manos del otro.

Yo, que aún no me lo creía, abrí los ojos, observando los de ella, que aún permanecían cerrados y temblorosos.

Deteniendo mi beso la abracé sutilmente mientras los brazos de ella aún permanecían suspendidos en el aire.

Y ella abrió los ojos y se sintió mágica. Me miró muy seria. Tanto que me asustó.

- ¿Sabes que podría quererte por el resto de mi vida? – me dijo muy seria

- ¿sabes que yo también? – le dije, volviendo a besarla.

De nuevo - cómo lo había echado de menos - Marina volvió a sentirse mujer. Cada beso y cada caricia que le proporcioné fue como un nuevo bálsamo de frescura que entraba a través de cada poro de su piel.

Era como si la vida volviera a ella después de haber pasado tanto tiempo muerta.

Yo, en cambio, me empecé a sentir confuso, y tal estado me impedía disfrutar plenamente del acontecimiento.

Una vez más temí a la idea del amor. Y si temí fue porque esa mujer era otra candidata ideal para conseguirlo.

Su boca parecía un fragante trago de vino de reserva, y su saliva tan fresca como el agua de una fuente en verano. Su tallado y fino cuello resbalaba a mis suaves caricias, y sus turgentes y apetitosos senos me hicieron creer estar lo más cerca posible del mismo cielo.

Dejándonos llevar por descontrolados sentidos los dos disfrutamos como si supiéramos que, posiblemente, no tendríamos otra oportunidad.

Con sensualidad aunque también con alguna violencia la despojé de las ropas que para nada necesitaba.

Las tiras del fino camisón recorrieron sus hombros, como si fueran dos gotas de agua, y bajaron hasta su vientre, dejando sus senos ante mí, como si fueran míos para siempre.

No tardé en hacerlo caer hasta sus tobillos. Después, bebiendo de sus redondeadas copas de vino, la despojé de esa braga negra, y se me mostró pletórica como el tronco de un frondoso árbol.

Al verse desnuda su cordura terminó por alejarse entre esa ropa interior que yacía sobre el suelo.

Y volvimos a besarnos, pero ahora mis manos recorrían su espalda, y el final de esta, y ella se apretaba a mí, como si supiera que estaba pensando en alejarme de allí y abandonarla.

Juro que lo pensé... por ella, por mí... pero sólo un segundo.

- Quiero que me hagas el amor – dijo ella, acercándose a la cama, abriendo las mantas y metiéndose en su interior.

Yo, aún vestido, la miraba emocionado y asustado. Aún tenía dudas, y volví a desear escapar de allí antes de que fuera demasiado tarde.

No quería sufrir más por amor, como tampoco quería que nadie sufriera por mi culpa... Y en esto del amor sus relaciones eran como una partida de ajedrez. Todas acababan en jaque mate.

- ¿Qué te pasa? – me preguntó, ocultando su desnudez tras las mantas - ¿no me deseas?

- ¿cómo puedes decir eso? – le dije, creyendo estar de nuevo bajo el hechizo de Cupido

- no sé... te veo raro. Tu cara ha cambiado... De pronto pareces otra persona

- estoy algo cansado... y asustado

- ¿de qué tienes miedo? No te voy a hacer ningún daño

- ¿cómo lo sabes? Ya me han hecho mucho daño ¿sabes?

- yo no te lo haré. Te lo prometo. Ven aquí conmigo, amor mío.

Dudé. Dudé mucho.

- ¿Dónde está el baño? – pregunté finalmente – me gustaría refrescarme un poquito. Llevo todo el día viajando y quiero que disfrutes de mi piel limpia

- el baño está ahí detrás, pero no tardes mucho... por favor

- tranquila, no tardaré

- te vas a ir, ¿verdad? – me preguntó casi al borde del llanto

- ¿por qué dices eso? – pregunté, ya con la maleta en una mano y la camiseta en la otra

- porque veo en tu cara que no te gusto. Tranquilo, no tienes que reprocharte nada. No eres el primero al que no le gusto ¿sabes?

- me gustas tanto que me estás dando miedo – le dije muy serio, convencido de cada una de las palabras que había dicho

- pues no tengas miedo. No me tengas ningún miedo – me dijo, mientras salía con la maleta y me encerré en el baño.

Estaba tan excitado como la última vez, pero rápidamente comprendió que esa noche todo era diferente.

No hacía ni veinticuatro horas que había abandonado a su última futura esposa, y otra vez se creía capaz de amar y de ser amado.

Esa mujer sí que podía ser su nueva compañera de viaje en eso de la vida.

Mirándose en el espejo observó sus enrojecidos ojos. En ellos había pasión, había miedo, y también había rabia.

Eso le volvió a asustar, aunque no sabía bien porqué.

Su mente se alejó de allí, presa del cansancio, y viajó hasta esos campos y caminos por los que estuvo andando toda una noche y todo un día

Su mente estaba en blanco, pero empezaron a aparecer extrañas figuras, y, sobre todo, funestas secuencias de una película que creía no haber vivido.

Sabía que huía, pero – una vez más – no recordaba de qué. Mirándose en el espejo comenzó a recordar.

Era ya de noche cuando llegó a otra nueva y desconocida ciudad. Las calles estaban repletas de gentes, de vehículos, y de todo tipo de adornos navideños y de felices músicas.

Mezclado entre la multitud paseó, ocultándose del frío, intentando recordar qué hacía allí, y cómo había llegado hasta allí.

Fue al salir de una vieja cafetería cuando la vio entrando en ese viejo edificio. La puerta tardó en cerrarse, y él entró para ocultarse del frío.

- ¿Subes? – le dijo una atractiva muchacha mientras él empujaba la pesada puerta de hierros y cristal del portal

- ¿cómo...? – preguntó él

- ¿a qué piso vas? – preguntó Marina, abriéndole la puerta del ascensor
- al quinto

- ¿al quinto? – preguntó extrañada

- sí, voy a ver a un familiar

- ¿eres familia de Doña Camila? – preguntó, intentando reconocer un gesto parecido al de su vecina en ese atractivo muchacho

- sí, soy su nieto – inventó él, sin levantar la mirada del suelo, como suele hacerse en los ascensores.

Él había entrado en ese portal solo para pasar la noche, para dormir alejado del frío de la calle. Ahora iba a dormir acompañado de una hermosa joven.

Y entonces recordó cómo había llegado hasta allí.

Recordó un tren... oscuro y silencioso.

Recordó a una bella joven en el vagón... atractiva y sugerente.

Recordó también hacer el amor con ella en el baño... fue salvaje y pasional.

Recordó también – horrorizado – cómo la mató con su cuchillo, descuartizándola.

Y recordó cómo despertó a su lado, rodeado de sangre y de vísceras por todo el baño.

Finalmente, recuperando su silueta al otro lado del espejo, recordó cómo saltó del tren, cómo caminó por campos y caminos durante todo un largo día, y cómo llegó hasta allí.

Sonriendo volvió a mirarse en el espejo y vio que no estaba solo. Junto a él estaba otra vez esa extraña mujer que siempre le acompañaba, esa maldita compañera de viaje que nunca dejaría que nadie más se entrometiera entre ellos dos.

No tardó en reconocerla... la soledad era ya una parte importante de su vida.

Después cogió su cuchillo, lo ocultó tras su espalda, y entró en la habitación donde Marina le esperaba aún deseosa y excitada.

Ella le esperaba emocionada y enamorada, oculta entre unas mantas ya calientes.

Él se acercó a ella y empezó a hablar solo... diciendo cosas sin sentido.

Ella se asustó...

Hizo bien. En realidad fue lo único que hizo bien esa noche.

EL ÚLTIMO
DE MI ESPECIE
(el último romántico)



Y aquí estoy otra vez, contándome a mí mismo una historia que ya me sé de memoria porque es la historia del último de mi especie.

Esta historia empezó hace ya más de setenta años en otro país, incluso en otro continente.

No había cumplido los siete años cuando fui abandonado por una madre que me daba más palos que abrazos, y alejado de un padre al que nunca conocí, ni del que siquiera supe su nombre.

Después – aunque nadie apostara un solo céntimo por mí – me hice mayor, y en esa mayoría de edad me cobijé, borrando capítulos de mi vida que no quise recordar porque no los quise tampoco volver a vivir.

Una vez escuché – quizás sea la única frase que guardo en la herencia recibida de mi madre – que recordar es vivir...

Será por eso que he preferido estar muerto tanto tiempo.

Y ahora, setenta años después, he vuelto a despertar, y aquí me encuentro, ante el que sin duda será el último capítulo de esta macabra historia que no me pertenece a mí, sino al último de los míos... al último de mi especie.

Y no sólo es el último. También es el más interesante y el que – sin saber porqué – pondrá el punto y final a una vida marcada por el desamor, por la zozobra, y también por el miedo.

Este capítulo empieza en medio de una calurosa noche de Junio, en un viejo geriátrico situado a las afueras de la ciudad donde vivo desde hace ya casi tres años. Además, esta noche es precisamente la de mi septuagésimo primer cumpleaños.

Los gritos de Quincoces, el vecino de la doscientos once, han vuelto a despertarme, como ya viene sucediendo durante los últimos cinco meses. Sus estridentes gritos – tan agudos y chirriantes como los de una ana gata en celo – me llevan de nuevo a ese estado de locura transitoria que quiero detener, y hacen que me obligue a mí mismo a recuperar una serenidad que necesito.

Sus gritos histéricos, de vieja loca poseída, son ya parte de mi vida en el geriátrico, pero aun así no termino de acostumbrarme a ellos... y siempre me despiertan, pintando mi habitación del color del mal humor.

Quincoces es un viejo resentido, maniático, y con serios problemas de salud. Su familia, cansada de luchar, decidió encerrarle en la residencia junto a otros de su especie, y que fueran ellos los que lo sufrieran.

¡Y vaya si lo sufrimos!

Durante el día, aprovechando su envergadura y su corpulencia, es el amo y señor de los salones de juego, del patio, y del comedor. Por las noches, sus continuas pesadillas, le hacen gritar y llorar como un niño pequeño, llegando incluso a perder el control del esfínter, lo que le hace despertar de peor humor.

Y una vez más, como sucede todas las noches, vuelven a despertarme sus gritos y sus lamentos.

Pero esta noche es diferente a las demás. Si hasta sus gritos parecen otros, y todo por ese olor que me acompaña y del que no me quiero desprender ya nunca.

Por suerte esta noche he abierto mis ojos y he comprobado que no sigo inmerso en un sueño. Estoy despierto y no duermo solo. Comparto cama, sábanas y piel con la mujer por la que – esta vez sí – sería capaz de cualquier cosa.

Aunque las normas de la residencia son muy claras, y esté terminantemente prohibido, por fin puedo compartir mis ratos de insomnio con esa mujer que la vida, al fin, ha preparado para mí.

Y es mi miedo a que todo sea falso el que no me permite abrir los ojos. Aleteando en mi nariz, como hacía cuando era niño e intentaba así alejar un escozor acuciante, acudió hasta mi lado de la cama ese olor que ya era inconfundible y que nadie, mas que yo, era capaz de percibir.

Ni siquiera ella misma, su más fiel compañera, sabía de sus propias esencias. En cambio yo, con muy poco tiempo a su lado, y casi todo robado, ya conocía hasta las mezclas que el mismo aire producía al contacto con su piel, con su pelo, o con sus labios.

Y hablo de tiempo robado porque ni ella misma sabía que le robaba sus olores al pasear disimuladamente junto a ella, al adentrarme en su habitación cuando ella no estaba, o al sentarme a su lado en el comedor mientras comíamos rodeados de gentes inexistentes.

Su olor era ya tan mío que era capaz de percibirlo hasta cuando ella no estaba cerca.

¿A qué olía alguien como ella?... olía a musgo fresco dormido en el interior de una roca, a algodón dulce en una calurosa noche de feria, y a vaho de la tierra en una mañana de lluvia... A todo eso olía ella.

Y al abrir de nuevo los ojos comprendo que el sueño vuelve a jugar a ser realidad.

¡Sí! Han tenido que pasar más de setenta años para que al fin una mujer corresponda a mis ansias de amar, y se convierta en la última de mis futuras esposas... en la definitiva.

Después de ella no habrá más... después de ella no habrá nada.

Recostándome con la cabeza apoyada en mi mano, incorporado para poder observarla, descubro ante mí a esa mujer con la que he hecho el amor, y a la que ya me siento extrañamente unido por el resto de mi vida. En ese momento siento como si ella hubiera estado siempre ahí, a mi lado, como si fuera ella la elegida y ante la que tenía que sucumbir... y esperar.

Observándola emocionado, destapando su cuerpo de la fina sábana que la cubre, la acaricio suavemente descubriendo que su cuerpo está firmemente reñido con los años que le acompañan en el carné que guarda en el bolso.

Observándola de espaldas, con sus piernas flexionadas, y sus brazos cubriendo sus pechos desnudos, me emociono al reconocer que por fin he encontrado esa mujer con la que he estado soñando toda mi vida.

Qué pena que llegue tan tarde... aunque nunca es tarde para amar y, sobre todo, para ser feliz.

Observando su cuerpo dormido la recuerdo besándome, entregándome salivas alcalinas y sudores amenos, deleitándome con músicas guturales y

étnicas – totalmente desconocidas – y con extraños rituales de contorsión que creía incapaces de realizar.

Su cuerpo se unió al mío como esas dos primeras piezas de un puzzle interminable que consigues unir, sin saber cómo, y nuestras bocas derramaban fluidos amenos capaces de amasar unos cuerpos alejados de la vida.

Mientras hacíamos el amor la heñía como panadero que era. Y ella era mi masa, suave, extensa, elástica, fragante, caliente... ¡cuánto placer podía caber en un cuerpo tan diminuto!

Haciendo el amor lloré. Y lo hice por amor, y por pasión, también por felicidad... y, por supuesto, como siempre – también por miedo.

La amo tanto que en ese mismo momento de cordura deseé no haberla conocido nunca. Por su bien, y, sobre todo, por el mío.

A Mariela la conocí hace ya... ¿cuánto? ¿dos meses?

Recuerdo que llegó una mañana de primavera, a eso de las once, con un sol radiante que traía con él los primeros esbozos del calor veraniego, y cuando entró en el salón, acompañada por la enfermera Virtudes, mi corazón se detuvo.

Creo que no fue el mío el único. Incluso el viejo periquito que nos acompañaba desde siempre, cayó de su balancín al verla entrar, muriendo en esa jaula que yo mismo había pintado ya en más de una ocasión.

Mariela tenía sesenta y ocho años, pero su rostro angelical y sonriente mentía al respecto. ¡Si parecía una niña...!

Su largo pelo manchado de gris lo llevaba recogido con una graciosa cola, que lo elevaba como el agua de una fuente fresca. Sus ojos eran pequeños y achinados, tanto que resultaba imposible descifrar el tono de su color, su nariz apenas existía, y se dibujaba entre dos coloretos rojizos que manchaban una tez morena, y su boca parecía tan caliente como jugosa. Con los labios entrecerrados dejaba escapar sus dos paletas superiores, suavemente, como si estuviera mordisqueando su labio inferior, y eso me llamó mucho la atención.

¡Creo que me enamoré de ella en el mismo momento en que esas paletas aparecieron ante mí!

Fue al verla allí, de pie, mirándonos a todos con cara de pavor, como queriendo acabar con ese momento cuanto antes, cuando la luz se hizo en mi interior.

Sus ojos temblorosos se cerraban y abrían a una velocidad vertiginosa mientras la enfermera la presentaba e iba diciéndole el nombre de cada uno de nosotros.

Sus manos eran incapaces de permanecer inmóviles, a pesar de que una sujetaba a la otra con el puño cerrado, frente a su estómago, y su tic se me contagió mientras esperaba ansioso mi turno de presentación.

Vestía un pantalón vaquero, gastado y pegado a su cuerpo, con unas zapatillas de lona con lazos atados a sus tobillos manchados de lunares.

Una camisa de cuadros rojos y blancos, grandes, mostraban unos senos grandes, bien dibujados a través de un escote generoso que hizo que todos la miráramos sorprendidos.

Esa mujer tenía aspecto juvenil, y su brillo iluminó la habitación, dándonos un poco más de vida a cada uno de nosotros.

Con un nerviosismo indescriptible me levanté al oír mi nombre, acercándome a ella y besándola en sus mejillas ardientes.

Ella se sonrojó también por lo inesperado, pero mi gesto le gustó, e incluso la tranquilizó. A mí no.

Volviendo a mi asiento no pude dejar de mirarla. A ella le pasó igual, y ambos jugamos y flirteamos olvidando la edad que teníamos.

Sin duda esa mujer no parecía tener la edad suficiente como para estar en un sitio como ese, pero yo agradecí que allí estuviera porque, por primera vez, estar allí tenía algún sentido.

¿Cuál sería su tara? – me pregunté observándola, sabedor de que si estaba allí era por algo que escapaba a mis ojos, pues desde lejos parecía una mujer capaz de valerse por sí misma.

Para mayor de mis suertes su habitación era la doscientos doce, situada en mi mismo pasillo, a tan solo dos puertas de distancia. ¿Lo malo? Que entre ella y yo estaba la habitación del histriónico Quincoces.

Los primeros días juntos fueron extraños, pero por fin se acababa la rutina en esa vieja residencia, alejada del mundo de los vivos.

No sé muy bien porqué pero desde que le di los dos primeros besos en su mejilla, y la olí, supe que esa mujer sería mía tarde o temprano. No podía permitirme dejar escapar a alguien como ella a esas alturas de mi vida.

Ya había dejado pasar muchos trenes – algunos difíciles de olvidar – y era hora de saltar del andén, adentrarse en el habitáculo, y dejarse llevar a través de unas vías que conducían a un paraíso que también yo merecía conocer.

Como siempre había hecho en mi vida ausculté las distancias y en ellas me escudé, observándola y conociéndola desde lejos, que era como siempre me había gustado conocer a la gente que me gustaba por algún motivo.

La espiaba en sus coquetos paseos, siempre en solitario, pero siempre con una sonrisa para quien se cruzara en su camino.

La espiaba también en sus largas horas de lectura, donde siempre levantaba uno de sus ojos para buscarme, sonriendo oculta tras el libro.

Alguna que otra vez – sobre todo a la hora de las comidas – me permití la licencia de acercarme a ella de forma amedrentada, y sin apenas dominio de la situación. Nunca hablaba con ella, ni era capaz de mantener el peso de su mirada, pero al menos pude olerla y saber más de ella, escuchándola mientras hablaba con los demás, y a mí me ignoraba invitadoramente.

Y no se lo podía reprochar porque yo actuaba de igual forma que ella, lo que hacía que me sintiera más atraído por ella cada segundo que vivía, y deseoso de recuperar de nuevo aquellos años añorados en los que la pasión era todo en mi vida.

Y para mi desgracia – y sobre todo, para la suya – comencé a enamorarme de ella, y verla como otra candidata más a futura esposa... quizás la definitiva.

Ya habían sido muchas... pero ninguna como ella, ninguna capacitada para vencer a esa fría dama, dueña de su ser, a la que otros llamaban soledad. Y así convivimos durante más de un largísimo mes, bañado por lágrimas de calor y emoción, en el que las miradas se fueron haciendo más penetrantes y perpetradoras de extraños placeres no sólo sensoriales. Casi sin necesidad de hablarnos – en realidad no lo habíamos hecho aún – nuestra relación estaba preparada para dar un paso más al frente. Nadie lo sabía, nadie nos veía nunca juntos, pero entre nosotros había nacido una relación química que ya nadie podría cortar... Ni siquiera nosotros mismos.

Observándola en el salón la veía desnuda y natural como ella era. Sus labios se movían cuando sabían que mis ojos los seguían, y siempre sabía mirar en el momento en que sabía que mi mirada se alejaba de ella. Nunca coincidíamos, y si no lo hacíamos era porque ambos éramos conscientes de que entre nosotros había algo muy fuerte... tanto que asustaba a ambos.

Y poco a poco fuimos desprendiéndonos del miedo y nos convencimos de que nada había que temer, y que teníamos que provocar al fin el deseado acercamiento.

Y poco a poco nos atrevimos a mirarnos sin absurdos miedos infantiles. Fue una semana antes de mi cumpleaños donde nuestro juego empezó, pero fue el mismo día del cumpleaños – precisamente hoy - cuando todo terminó.

Yo estaba leyendo un periódico deportivo de hacía varias semanas, y cuando levanté la mirada la pude ver sentada en el banco situado frente a mí.

¡Qué miedo sentí!

Y no pude hacer nada mas que mirarla porque ella me miraba a mí, sin miedos, valientemente, con una carga extraña de excitación y enamoramiento.

Juro que intenté luchar para agachar de nuevo mi cabeza y devolverla al periódico que llevaba aburriéndome largo rato, pero no pude... ni quise. Esos ojos se hicieron grandes y redondos, y su poder penetrador fue tal que casi pude notar como toda ella penetraba en mí, desgarrando todo mi interior y despojándome de mi propia seguridad.

El cielo azul se tiñó de rojo intenso mientras las aves migratorias volvían en busca de ese calor que ambos desprendíamos y del que podrían alimentarse.

La miré y no tuve miedo porque ya sabía que la amaba, y que ella me amaba a mí.

- ¿Sabes que te amo? – me dijo muy seria, frente a mí, sonriendo nerviosamente

- ¿y tú? – le pregunté con la voz entrecortada - ¿lo sabes tú?

- desde aquel día que me diste los dos besos.

Y fue allí mismo donde nos besamos, sin importarnos las enfermeras, ni los médicos, ni los propios compañeros.

El amor se abría paso y no había puertas capaces de ocultarlo por más tiempo.

Por miedo a represalias absurdas nos separamos.

- Esta noche dormiré contigo – me dijo al oído – ese será mi regalo de cumpleaños.

Y no solo me regaló su sueño, sino también sus efluvios naturales, sus pensamientos, y parte de una vida que me regalaba para que se la devolviera al final de mis días.

Y fue su ofrecimiento último, aunque lo hiciera de forma poética y metafórica, lo que más me asustó. Yo no quería, ni podía, aceptarlo.

Y ahora, en medio de la madrugada me he despertado, a su lado, como ella me prometió en el parque de la residencia.

- Mañana despertarás a mi lado y ya nunca querrás separarte de mí – me dijo - y ese será el mejor regalo que podamos hacerle a lo poco que nos queda de vida.

Y aquí estoy de nuevo, mirándola y tocándola mientras aún guardo todas esas descargas olorosas en las que me he bañado unos minutos antes, cuando nuestros cuerpos se hicieron uno solo.

No puedo dejar de admirar esa piel convertida en el único lienzo en el que he sido capaz de pintar. Y han tenido que pasar setenta años para comprobar que dentro de mí había un artista como todos esos que tanto he envidiado.

Su cuerpo es un trago de vino que no quiero terminar de tragar, para que permanezca siempre en mí.

Mis dedos, reptando insaciablemente, viajan por los pliegues de esa tela resbaladiza, y dibujan curvas imposibles de domar, y pasean por entre sus senos adormilados, su cadera cadenciosa, y no se detienen hasta llegar a esa piel trigueña manchada de lunares que es su espalda.

Y nadan por entre olas amenas, y descansan sobre arenas vivas y cálidas donde no hay más que tierra, y finalmente se detienen para dar un descanso a un corazón que empieza a latir con una fuerza casi dañina.

Perdidas mis manos en la fuente salada de su espalda puedo después lavarlas en los bucles de su pelo, y recorro la piel de aquella lozana argentina con la que un día soñé cuando aún era niño, y cuyo sueño se empieza a hacer realidad, deseando repetirlo mañana tras mañana.

En el vaivén de la curva de su espalda se pierden de nuevo las yemas de mis dedos, persiguiendo el trayecto marcado por los susurros de sus balsámicos lunares.

Y vuelvo a desealarla, pero ella duerme tranquila... y cansada.

Acusado por un calor insoportable me acerco a la ventana. La noche es tan mágica como ella me la ha mostrado, y puedo ver extraños pájaros revoloteando alrededor de insectos que disfrutan de sus escandalosos rituales.

Lucho por despertarla porque vuelvo a desearla, pero su profundo sueño me hace pensar en ella antes que en mí.

Observándola junto a la cama me descubro en mi desnudez. El suelo está caliente, y en él clavo mis rodillas para poder observarla mejor.

La miro y acaricio su mejilla oscurecida por la sombra que produce su maraña de pelo. Ella entreabre los labios, los moja con su lengua, y susurra mi nombre, aún dormida.

La emoción que produce el escuchar mi nombre en tan bellos labios me hace estremecer, y siento que la paz de la habitación desaparece.

Es cuando vuelvo a destapar su cuerpo y la contemplo en su desnudez cuando todo se convierte en una batalla cruenta... Fuegos artificiales, bombas nucleares, disparos por doquier, y huyo para no resultar herido. Me acerco al baño y me encierro.

Después bebo agua del grifo. El agua rompe la magia... está caliente.

Al mirarme en el espejo veo que estoy sudando y me descubro en una desnudez que me muestra a un hombre más viejo del que creo ser.

Mirándome al espejo compruebo que me queda ya poco en este viaje tan extraño al que llaman vida.

La pequeña luz tintineante que baña mi cara a través de este espejo me muestra a un hombre solitario, con más años de los que aparento, de ojos rubicundos y con sombría sonrisa que incluso a mí asusta.

Temiendo lo que a continuación va a pasar cierro los ojos y quiero huir. ¡No puedo!.

Me estremezco al sentir el contacto casi fantasmal de una mano sobre mi espalda. Antes de abrir los ojos impreco para que sea ella quien ha despertado y vuelve a mi lado.

Rezo de nuevo para que no sea esa oscura dama la que vuelve junto a mí para decirme que nada ni nadie podrá nunca separarnos.

Reuniendo un valor que no me pertenece abro los ojos y allí está ella.

No me asusta verla. No es la primera vez que aparece para recordarme nuestro juramento, y casi la andaba esperando.

Su mirada es fría y oscura porque no tiene apenas ojos, ni rostro. Es una mancha oscura, extraña, que siempre aparece detrás de mí, como una sombra.

Vuelve a posar su mano en mi hombro. No la puedo ver, pero sí siento su peso, y por fin la oigo susurrarme al oído con esa voz macabra y tenebrosa.

- Recuerda nuestro pacto – me dice – siempre juntos, tú y yo. Sin nadie más.

- Esta vez es distinto – intento decirle, pero no me deja hablar

- nada será nunca distinto – contesta ella, alzando su negra capa y cubriéndome por completo, haciéndome sentir su cálida frialdad, casi gélida – tú y yo nos pertenecemos

- pero a ella la amo de verdad

- por eso mismo tienes que acabar con ella – me vuelve a decir antes de desaparecer.

Con lágrimas en los ojos, y con mi puño apretado contra mi muslo desnudo, vuelvo a mirarme en el espejo y vuelvo a ver a ese joven que tanto he añorado. De nuevo esa sanguinaria mirada me desafía, hasta que veo que mis labios desobedecen mi orden y también sonrín.

Una vez más vuelvo a perder el control, salgo del baño y me acerco a la habitación.

Ella sigue dormida, y la miro de nuevo.

Sigue siendo tan bella como antes, pero hay algo más, algo que escapa a mi control y que no me permite disfrutarla... ¿Miedo?... tal vez.

Acercándome a mi armario vuelvo a mirarla para comprobar que sigue dormida. Abro el armario lentamente, impidiendo que el chirrido de la puerta la despierte, y alargo la mano hasta el fondo, abriendo una caja de metal donde guardo mis recuerdos más secretos.

De la caja, cubierto por un pañuelo de seda, saco el viejo artilugio metálico que tantas veces me acompañó en el pasado. Ese artilugio ha sido siempre como el anillo con el que me desposé con mis pasadas futuras esposas.

Empuñándolo con fuerza lo alzo ante mi cara y observo el brillo de la luz de la luna en su hoja. Después miro hacia el baño y vuelvo a ver esa conocida sombra sin rostro.

Me sonrío. No puedo ver su boca, pero lo sé.

Mi mirada vuelve a la cama, donde descansa la última de mis futuras esposas, sin duda la que más he amado de todas... Quizás la única.

Es cuando me decido a acercarme a ella para besarla y despedirme cuando me parece ver, entre la oscuridad, que ella abre los ojos.

El susto hace que esconda rápidamente el cuchillo tras mi espalda, llegando a cortarme.

Por suerte ella sigue dormida.

Sentándome a su lado la miro por última vez. Lloro.

Paso la punta del cuchillo sobre su piel trigueña y recorro la longitud de su perfecta anatomía blanquecina.

Lucho para vencer a mi eterna compañera, pero el poder y el peso de nuestro compromiso es mayor aún que el amor que siento por Mariana.

Así, sin pensarlo más, y con los ojos bañados en lágrimas, alzo el cuchillo mientras la miro por última vez.

- Te amo, Mariana – le digo, cerrando los ojos y bajando el cuchillo con una velocidad y fuerza desconocida.

Es cuando noto el cuchillo clavado en la piel cuando abro los ojos para mirarla de nuevo. La pobre se despierta y me mira con cara de pavor.

En su mirada veo miedo y desconcierto... Por suerte no veo ningún atisbo de dolor.

La pobre aún no es consciente de lo que está pasando.

- ¿por qué lo has hecho? – me pregunta con la voz entrecortada, abatida por lo inesperado y macabro de una situación que escapa a su entendimiento

- porque te amo – le digo, mientras retuerzo el puño para acabar con tanto dolor.

Es entonces cuando caigo sobre la cama, la miro por última vez, observando su cara de pavor, y devuelvo la mirada a mi mano.

Mi mano sigue sobre el puño del cuchillo, y este está clavado en mi
vientre, que no deja de sangrar.

Ella llora y grita, y enciende la luz. Yo, la miro por última vez y sonrío. Por
fin me siento bien porque por primera vez en mi vida me siento libre.

- Te amo – le digo mientras noto como se cierran los ojos del último de mi
especie... el último de los románticos.

Josa 2010
Unos se van... otros vienen
Dedicado a ambos